

Cómo el Entretenimiento se convirtió en el arma más poderosa del Neoliberalismo

Noam Chomsky

desconocida.

Índice general

El entretenimiento como distracción ideológica bajo el Neoliberalismo	3
La educación de la élite y la brecha cultural	7
El currículo del poder: Qué aprenden las élites y por qué esto es importante	10
Democratizar el plan de estudios: Recuperar la educación y el poder	13
De la concienciación a la acción: Construyendo alternativas	16
Notas	18

El entretenimiento como distracción ideológica bajo el Neoliberalismo

En nuestra era de dominio neoliberal, debemos preguntarnos: «¿Cuál es el verdadero papel del sinfín de entretenimientos mediáticos que llenan nuestros días?».

Muchos consideran que la televisión, los deportes y la cultura pop son diversiones inofensivas, una forma de relajarse después del trabajo. Sin embargo, yo diría que no se trata de una casualidad, ni de un pasatiempo inocente. Como he señalado a menudo, los poderes dominantes se benefician enormemente cuando el público está ocupado con distracciones triviales.

La lógica es sencilla. Si la gente está entretenida o agotada, no tiene ni el tiempo ni la energía para cuestionar las estructuras que rigen sus vidas.

Un analista ha captado esto con precisión al señalar que el elemento principal del control social es la estrategia de distracción. Una estrategia para desviar la atención del público de cuestiones importantes mediante un aluvión continuo de distracciones e información insignificante.

En otras palabras, cuanto más entretenidas están las masas, menos se dan cuenta de las realidades del poder.

Lejos de ser una esfera neutral o apolítica, el entretenimiento se ha integrado en el sistema de propaganda [de las élites].

Al analizar cómo las instituciones moldean la naturaleza humana, observé que todas las mentalidades predominantes, especialmente la estrecha visión del neoliberalismo que busca ante todo el beneficio propio, están respaldadas y amplificadas por las estructuras institucionales, el sistema propagandístico, la educación, la industria del entretenimiento, por todo. Obsérvese que incluso la industria del entretenimiento se menciona explícitamente como una de estas estructuras.

Las películas populares, los programas de televisión y la cultura de las celebridades transmiten mensajes ocultos. Refuerzan constantemente el individualismo, la competencia y el consumismo, mientras que rara vez cuestionan el orden social.

Consideremos cómo operan hoy en día los medios de comunicación corporativos. Como yo y otros hemos señalado, los medios de comunicación

propiedad de las empresas se centran en el entretenimiento y el consumismo, en lugar de en el análisis crítico de las estructuras de poder.

En la práctica, esto significa que las emisiones en horario de máxima audiencia están repletas de películas taquilleras, comedias y anuncios, en lugar de reportajes de investigación sobre la guerra, la injusticia económica o la erosión de la democracia.

Cuando la gente ve las noticias de la noche, a menudo son indistinguibles de un anuncio ingenioso del orden existente. Cuando cambian a canales de entretenimiento, se mantienen ocupados con dramas personales y espectáculos. En ambos casos, el efecto es el mismo. La conciencia del público está saturada de historias que defienden tácitamente el statu quo, mientras que cualquier cosa que se parezca a una crítica sistémica queda marginada o confinada a las sombras.

Podemos ver estas dinámicas con mayor claridad en nuestra obsesión por los deportes y los espectáculos.

Piensa en la atención que se le da al deporte. Los fans más fieles se saben todas las estadísticas, todas las jugadas y todas las estrategias de los entrenadores. Pero, si les pides que hablen de, por ejemplo, la sanidad o los derechos laborales, a menudo te miran con cara de no entender nada. ¿Por qué?

Como dije una vez, los deportes profesionales le dan a la gente algo en lo que prestar atención. Es algo sin importancia que les impide preocuparse por cosas que sí importan en sus vidas. La gente invierte una enorme inteligencia y pasión en debatir sobre fútbol o baloncesto, pero nuestro discurso político sigue siendo superficial.

Esto no es casualidad. En efecto, los deportes sirven como entrenamiento y patriotismo irracional. Desde pequeños, aprendemos a animar ciegamente a un equipo, a equiparar la lealtad con la victoria y a aceptar la derrota como algo natural; todo ello son ensayos para la mentalidad que se espera de los ciudadanos. Al animar a nuestra tribu, practicamos la sumisión al liderazgo y nos distraemos de analizar quién detenta realmente el poder. Así, la energía y la perspicacia que podríamos utilizar para cambiar la sociedad se destinan en cambio a competiciones fantásticas. Debería ser profundamente alarmante, pero no sorprendente, que nuestra cultura dedique enormes recursos al deporte mientras que la educación política genuina se ve privada de ellos.

El patrón se extiende más allá de los deportes a todas las formas de entretenimiento masivo.

Reality shows, chismes sobre famosos, éxitos de taquilla de acción. Estos géneros proporcionan un escape infinito, pero nunca tienen sentido. En palabras de un colega, cuando el sistema no ofrece prácticamente nada a las personas, es mejor que vivan en un mundo de fantasía. Y, de hecho, eso es lo que hacen.

Los ciudadanos saben que no pueden alterar individualmente el curso de la economía global ni detener las guerras imperiales. Así que, en su lugar, se sumergen en mundos ficticios, ven series sin parar, idolatran a superestrellas y se pasan el día navegando por las redes sociales.

Este aislamiento no es casual. Es el producto de un sistema que deja al individuo sin poder. La gente aplica su sentido común y su intelecto, pero en ámbitos que no tienen sentido y que probablemente prosperan precisamente porque no tienen sentido. Como consecuencia, el centro de gravedad de la sociedad se desplaza. En lugar de debatir sobre la pobreza o la paz, el discurso público gira en torno a la última ruptura de una pareja famosa o la trama de un superhéroe.

El efecto ideológico de este cambio es profundo. Al saturar nuestra conciencia con estas distracciones, los valores fundamentales del orden elitista se refuerzan constantemente. Si ves un programa típico en horario de máxima audiencia, observarás un mundo en el que la competencia y el interés propio son la norma. Donde los gobiernos son benevolentes o malvados, pero nunca se muestran como mecanismos de dominio de clase, y donde los finales felices se consiguen a través del triunfo personal o la gratificación del consumidor. Esto no es casualidad. El contenido que llena la pantalla del ciudadano medio nunca desafía el sistema. En cambio, naturaliza la idea de que los problemas sociales son causados por fallos personales o por personas ajenas al sistema, y no por fuerzas estructurales.

De esta manera, el entretenimiento se convierte en un opio. Adormece el juicio colectivo y valida la idea de que no hay una alternativa viable al orden existente.

Además, todos los aspectos de nuestra cultura, incluidas las instituciones supuestamente progresistas como las escuelas y las universidades, participan en esta dinámica.

Hoy en día, es más probable que se forme a un estudiante para que se convierta en un trabajador productivo que para que aprenda a pensar de forma crítica. Los libros de historia suelen pasar por alto los movimientos sociales radicales en favor de los mitos nacionales. En resumen, toda la industria cultural trabaja para mantener la disidencia al margen. Como he subrayado, todo, desde la educación pública hasta la industria cinematográfica, es cómplice de este proceso. No debería sorprender que el modelo propagandístico que he descrito para las noticias también se aplique aquí. La lógica del beneficio y el poder dicta qué historias se cuentan. Así, la imaginación política del público se gestiona cuidadosamente manteniéndolo ocupado, ocupado, ocupado con distracciones y sin dejarle tiempo para pensar profundamente en alternativas. Al final, el patrón es claro. El entretenimiento de masas funciona como un mecanismo de control social y despolitización.

Al dirigir nuestra atención hacia lo trivial y lo personal, sofoca eficazmente las protestas o los cuestionamientos más amplios. Esto no quiere decir que se lave el cerebro a la gente en un sentido simple. A menudo vemos estos programas por voluntad propia. Pero si se comprende cómo funciona el poder, resulta evidente que estas «libres elecciones» de entretenimiento tienen un propósito. Cuando los ciudadanos llegan a casa del trabajo físicamente agotados y mentalmente estimulados solo por narrativas sensacionalistas, son mucho menos propensos a leer un periódico sobre política o a organizarse con sus vecinos en torno a intereses comunes.

Aquí se da un marcado contraste. Mientras que la mayoría de la sociedad se deja llevar por el espectáculo, la élite política habita un espacio cultural muy diferente.

Las élites reciben una educación especializada, debaten ideas entre ellas, participan en redes políticas y viven experiencias totalmente diferentes a las de la gente común. En otras palabras, la educación y la cultura de los poderosos son asimétricamente diferentes a las de las masas. Esto refuerza una distribución desigual del conocimiento y la conciencia.

¿Cómo se puede tender un puente entre una sociedad que ve dibujos animados y concursos de famosos mientras una pequeña clase delibera en centros de investigación y salas de juntas?

Esa profunda división entre un público emocionalmente agotado y una élite altamente consciente será el tema de la siguiente sección.

Pero aquí basta con señalar que, mientras una mano del sistema entretiene, la otra educa. Y es la brecha entre ambas la que mantiene el statu quo.

La educación de la élite y la brecha cultural

Si el entretenimiento masivo domestica silenciosamente la conciencia pública, entonces debemos preguntarnos inevitablemente: «¿Qué hay de aquellos que diseñan estas distracciones? ¿En qué tipo de mundo viven?».

Es una característica llamativa de nuestra sociedad que quienes más se benefician de distraer a las masas rara vez participan ellos mismos en esa distracción.

Mientras que la gente común pasa las tardes absorta en servicios de streaming o desplazándose por contenidos impulsados por algoritmos, quienes controlan la maquinaria de la sociedad cultivan una relación completamente diferente con el conocimiento, la información y la cultura. No se trata de una mera coincidencia o hipocresía. Es una estrategia de clase calculada. Los mismos ejecutivos corporativos que diseñan plataformas de redes sociales adictivas suelen enviar a sus propios hijos a instituciones de élite donde las pantallas y las distracciones digitales están estrictamente limitadas o prohibidas por completo. En academias y colegios internos de prestigio, los estudiantes no se entretienen pasivamente. Más bien, estudian rigurosamente filosofía política, economía, historia y estrategia.

¿Por qué esta disparidad?

En pocas palabras, la clase dominante entiende muy bien la naturaleza y las consecuencias del entretenimiento que vende al público en general. Lo reconoce como una poderosa herramienta de control social y protege deliberadamente a sus hijos de su influencia. De hecho, históricamente, la educación de élite siempre ha tenido como objetivo mantener el poder, no solo adquirir conocimientos.

En mis análisis sobre las estructuras de clase y poder, especialmente en «Réquiem por el sueño americano», destaco que la educación es un sistema de ignorancia impuesta para las masas, mientras que para las élites es exactamente lo contrario, una educación amplia que les permite comprender y controlar las instituciones de poder; «Réquiem por el sueño americano». Este sistema dual es crucial para el funcionamiento de las sociedades jerárquicas.

La población general está entrenada para seguir órdenes, aceptar la autoridad y encontrar consuelo en el entretenimiento, mientras que las élites están entrenadas para liderar, pensar críticamente y elaborar estrategias para el dominio a largo plazo.

Consideremos este paralelismo histórico. En su apogeo, el Imperio Británico enviaba a los hijos de la clase dominante a internados de élite como Eaton y Harrow, donde estudiaban clásicos, historia y política, preparándose explícitamente para gobernar un imperio. Mientras tanto, a las clases trabajadoras británicas se les alimentaba con entretenimiento patriótico, novelas baratas y espectáculos, lo que fomentaba un sentido de orgullo nacional, pero desalentaba el pensamiento crítico.

Las sociedades neoliberales actuales funcionan de manera similar, aunque con métodos más sutiles y tecnologías más avanzadas.

La clase dominante actual puede que ya no declare abiertamente sus intenciones, pero sus acciones hablan por sí solas. Los ejecutivos de Silicon Valley, cuyos negocios se benefician del flujo constante de distracciones digitales, envían regularmente a sus propios hijos a escuelas que rechazan por completo el tiempo frente a la pantalla, optando en su lugar por planes de estudio basados en la filosofía, la lógica y la economía política. Este fenómeno pone de manifiesto una hipocresía fundamental en el núcleo de la ideología neoliberal. Sin embargo, no se trata de una hipocresía accidental, sino estratégica. Los que están en la cima de la sociedad saben exactamente qué tipo de estado mental es más beneficioso para mantener el statu quo.

Como señalé anteriormente en *«Manufacturing Consent»*, las élites crean deliberadamente una democracia espectadora, una cultura política en la que se anima a los ciudadanos de a pie a observar pasivamente en lugar de participar activamente. La educación que se ofrece a las masas está diseñada, por tanto, no para empoderar, sino para pacificar, no para liberar el pensamiento, sino para limitarlo. Los resultados son claros y preocupantes. Mientras que los jóvenes de las élites dominan los matices de la teoría económica y las sutilezas del poder político, la mayoría de los jóvenes de hoy en día abandonan la educación formal sin siquiera tener un conocimiento básico de cómo funciona realmente su sociedad. Como ciudadanos, a menudo carecen incluso de conocimientos básicos sobre las estructuras gubernamentales, los sistemas económicos o las fuerzas históricas que dan forma a sus vidas.

En lugar de ello, llegan a la edad adulta como sofisticados consumidores de cultura pop, pero ingenuos espectadores en la arena política. Han interiorizado la lección más crucial del neoliberalismo: puedes consumir libremente, pero no debes cuestionar las condiciones de tu consumo.

De hecho, las implicaciones de esta asimetría cultural son profundas.

Una sociedad en la que la mayoría se entretiene en la pasividad, mientras una minoría privilegiada se educa para el poder, se convierte inevitablemente en una sociedad profundamente desigual. Mientras la riqueza y el poder se concentran cada vez más en la cúspide, el público permanece en gran medida desinteresado o distraído. Las decisiones cruciales sobre política económica, regulación medioambiental, sanidad y educación se toman discretamente a puerta cerrada por élites que entienden claramente cómo funcionan estos sistemas. Mientras tanto, la población en general debate los escándalos de los famosos, la realidad, las tramas televisivas o los dramas sensacionalistas, cualquier cosa menos el funcionamiento real del poder.

Esta división cultural garantiza que la propia democracia se vacíe de contenido. Los ciudadanos votan sí, pero rara vez desde una posición de compromiso informado. A menudo eligen entre partidos o candidatos superficialmente diferentes cuyas políticas fundamentales permanecen inalteradas precisamente porque su capacidad de pensamiento crítico ha sido sistemáticamente erosionada.

Como he subrayado repetidamente en mi trabajo, una auténtica democracia requiere una ciudadanía políticamente consciente y bien informada, capaz de una participación cívica sostenida y significativa.

El entretenimiento y la distracción son poderosos precisamente porque socavan esta capacidad. El resultado de este escenario es predecible. Las sociedades se hunden cada vez más en una forma de apatía controlada.

Los grandes logros de la organización social, los derechos laborales, la sanidad pública, la educación universal fueron históricamente conseguidos por ciudadanos informados y activos que comprendían exactamente cómo funcionaba el poder. Por el contrario, los ciudadanos de hoy están formados desde pequeños para esperar muy poco de la política y aún menos de sí mismos. Ven la política cínicamente como una forma más de entretenimiento o como un espectáculo lejano controlado por otros. Así, el ciclo se repite. Las masas se mantienen ocupadas, agotadas y desvinculadas mientras las élites

consolidan silenciosamente su control sobre las instituciones, los mercados y los recursos.

Sin embargo, reconocer esta asimetría cultural es sólo el primer paso; también debemos comprender con precisión cómo la educación de las élites prepara a unos pocos privilegiados para gobernar. ¿Qué aprenden las élites que no aprende la población general? ¿En qué difiere exactamente su educación del plan de estudios estandarizado que se imparte a las masas? Responder a estas preguntas no sólo pone de manifiesto las desigualdades estructurales de nuestros sistemas educativos, sino que también abre posibilidades para un cambio significativo. De hecho, ese será el tema central de nuestro próximo debate. Examinar de cerca las habilidades y conocimientos particulares impartidos por la educación de élite, deliberadamente ocultados a la población en general, y explorar las implicaciones para la conciencia política y la posibilidad democrática.

Interrogando críticamente cómo se enseña el poder, podríamos empezar a desenmarañar su control sobre nuestra imaginación colectiva, creando espacio para nuevas posibilidades de transformación social.

En resumen, es a través de la comprensión del currículo del poder en sí mismo, reservado a unos pocos elegidos, como podemos empezar a desmantelar el currículo pasivo impuesto a todos los demás.

El currículo del poder: Qué aprenden las élites y por qué esto es importante

Permítanme ahora dirigir su atención directamente a la pregunta que surge naturalmente de lo que hemos explorado hasta ahora.

¿Qué es precisamente lo que se enseña a las élites que no se enseña al resto de la sociedad?

¿Qué constituye exactamente el currículo del poder?

Cuando se examina de cerca la educación de élite, surge un patrón sorprendente. El plan de estudios reservado a los hijos de los poderosos hace hincapié sistemáticamente en el pensamiento crítico, la planificación estratégica, la alfabetización histórica y el funcionamiento de las instituciones. Su educación está explícitamente diseñada para prepararles no sólo para funcio-

nar dentro de la sociedad, sino para gobernarla, dar forma a sus estructuras y mantener el control sobre los recursos y las narrativas.

Por el contrario, la educación de masas estandarizada que se imparte a la mayoría prioriza la obediencia, la memorización y las cualidades vocacionales, útiles para los trabajadores más que para los líderes.

Esta divergencia no es ni accidental ni trivial. Es fundamental para la preservación del dominio de clase bajo el neoliberalismo. En «Réquiem por el sueño americano», observé que las instituciones de élite no solo enseñan conocimientos. Enseñan algo mucho más valioso y peligroso: cómo entender, manipular y ejercer el poder en sí mismo.

Desde prestigiosas academias privadas hasta universidades de la Ivy League, los privilegiados reciben formación en economía, filosofía y ciencias políticas de una manera radicalmente diferente a la de las escuelas públicas. No se limitan a aprender teorías abstractas. Estudian aplicaciones reales de la influencia y el control. Estudian los procesos de toma de decisiones, la dinámica organizativa y las habilidades tácticas de liderazgo esenciales para mantener el dominio dentro de las estructuras de poder existentes.

Consideremos, por ejemplo, cómo se enseña la economía de manera diferente en el ámbito de la élite.

La mayoría de los ciudadanos, si es que alguna vez se exponen a la economía, aprenden modelos simplificados diseñados para ocultar la desigualdad y justificar los acuerdos existentes. Se les habla sin cesar sobre los mercados libres y la responsabilidad personal, pero rara vez se les habla de factores sistémicos como los monopolios corporativos, la captura regulatoria o la lucha de clases.

Por el contrario, los futuros líderes de las instituciones más prestigiosas estudian en profundidad cómo se pueden controlar, manipular y regular los mercados para beneficiar a intereses particulares. Como expliqué en mis conversaciones sobre el poder y la propaganda, las élites entienden que los mercados libres son para los pobres. Para los ricos, los mercados están cuidadosamente gestionados, protegidos por el poder del Estado, subvencionados por los contribuyentes y aislados del riesgo. Este profundo conocimiento les permite no solo prosperar económicamente, sino también mantener las condiciones de desigualdad de las que surge su privilegio.

La alfabetización histórica también se enseña de manera diferente a las élites.

Los ciudadanos comunes reciben una versión edulcorada de la historia, despojada de contexto y complejidad. Aprenden mitos nacionales y narrativas heroicas que fomentan el patriotismo ciego y la complacencia. Por el contrario, los estudiantes de élite estudian la historia de forma crítica y estratégica, examinando los patrones de malestar social, las revoluciones, los movimientos obreros y la estrategia imperial, aprendiendo con precisión qué es lo que provoca el auge o la caída de las sociedades. Esta educación les prepara para reconocer las amenazas al orden establecido, lo que les permite responder de forma preventiva a posibles perturbaciones. En resumen, la historia para la élite no es una materia pasiva, sino un manual operativo para el gobierno.

La filosofía política también diverge.

Mientras que la educación pública promueve nociones simplistas de la democracia como votar cada pocos años, los estudiantes de élite leen a filósofos como Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Marx y Gramsci, no solo como figuras históricas, sino como guías prácticas para comprender la naturaleza humana, el control social y la psicología de masas. Se les enseña explícitamente sobre los peligros de la democracia genuina, lo que las élites han llamado históricamente «la tiranía de la mayoría», y cómo estructurar los sistemas políticos para evitar la influencia popular real. En «*Understanding Power*», señalé las sinceras admisiones de los planificadores de élite que discutieron abiertamente la importancia de garantizar que el público siga siendo espectador en lugar de participante en la política.

Como dijo un influyente politólogo, las élites deben protegerse siempre de lo que él denominó «los excesos de la democracia», una frase que simplemente significa impedir que la mayoría tenga un control real sobre las decisiones que afectan a sus propias vidas. No debemos pasar por alto la ironía. Aquellos que predicán sin cesar sobre la democracia, la libertad y la igualdad aprenden activamente a restringir esos mismos ideales en la práctica. El plan de estudios del poder es, en esencia, una educación pragmática en la hipocresía. Aprender precisamente cómo controlar la brecha entre la ideología y la realidad. Las élites comprenden claramente el poder de los símbolos narrativos y la retórica.

Saben cómo apelar a valores como la libertad y las oportunidades, al tiempo que socavan esos valores en sus políticas. Estudian la propaganda, aunque rara vez utilizan esa palabra, para poder moldear la opinión pública, desviar

la ira y canalizar el descontento de forma segura, alejándolo de la crítica sistémica. Una de las formas más explícitas de esta educación se da en las escuelas de negocios y en los programas de MBA de élite. Aquí, a los estudiantes no solo se les enseña cómo funcionan las empresas. Aprenden explícitamente cómo influir en las políticas, socavar la regulación y remodelar la sociedad en sí misma en aras del beneficio económico.

Consideremos la cruda honestidad del economista Milton Friedman, quien declaró la famosa frase: «La responsabilidad social de las empresas es aumentar sus beneficios». Esta lección, repetida incansablemente en las instituciones de élite, produce generaciones de líderes que ven la sociedad como un mero campo más para la obtención de beneficios. No se gradúan con un sentido de responsabilidad hacia la comunidad o el medio ambiente, sino con una estrategia para explotar ambos.

Ahora bien, ¿por qué es tan importante este plan de estudios?

Porque perpetúa un ciclo en el que una pequeña minoría de personas con un alto nivel de formación y capacitación estratégica controla todas las palancas críticas del poder, tanto económico como político y cultural, mientras que la gran mayoría permanece sistemáticamente desempoderada y despolitizada.

Mantiene la profunda asimetría que caracteriza a las sociedades neoliberales. Una clase dirigente bien informada y consciente se contrapone a una población confusa, distraída y desvinculada políticamente. Sin embargo, precisamente en el reconocimiento y la comprensión de este currículo oculto reside la esperanza.

Democratizar el plan de estudios: Recuperar la educación y el poder

Una vez que vemos claramente cómo se educa a las élites, comenzamos a comprender cómo funciona el poder en sí mismo. Esta comprensión permite a los ciudadanos comunes desafiar, resistir y, finalmente, derribar las barreras construidas alrededor del conocimiento y la conciencia. Nos permite exigir una nueva forma de educación, una que realmente empodere en lugar de pacificar, una que fomente la acción colectiva en lugar de la competencia aislada, una que realmente nos enseñe a ver con claridad el mundo en el que

vivimos. Por lo tanto, el paso crucial para recuperar la democracia no es solo la iluminación individual, sino la conciencia colectiva y la acción colectiva. Y aquí radica una profunda verdad. El poder real reside siempre en los números, nunca únicamente en el conocimiento reservado para unos pocos.

La pregunta entonces no es solo qué saben las élites, sino más bien qué sucede cuando todos lo saben.

En nuestro próximo segmento, exploraremos precisamente esta pregunta. ¿Qué formas de educación y organización pueden recuperar el poder para el público?

¿Cómo se puede democratizar el plan de estudios del poder?

¿Y cómo podría esa transformación conducir a un cambio genuino?

Porque, en última instancia, como he dicho a menudo, el poder nunca es cedido voluntariamente por quienes lo detentan. Siempre debe ser desafiado y recuperado desde abajo.

El primer paso para recuperar ese control es comprender con precisión el currículo oculto de los poderosos y luego decidir colectivamente que es hora de aprender algo diferente, algo revolucionario, algo capaz de construir un mundo que realmente valga la pena habitar. Una vez que hemos puesto al descubierto los mecanismos de la educación de élite, llegamos inevitablemente a la pregunta más apremiante de todas.

¿Qué significaría democratizar este currículo del poder?

¿Cómo podríamos reorientar nuestro sistema educativo hacia una liberación genuina en lugar de la conformidad y el control?

Para empezar, debemos reconocer un principio fundamental que he articulado repetidamente. La democracia genuina no puede existir sin una educación genuinamente democrática. Como declaró John Dewey en su famosa frase:

«La educación no debe limitarse a prepararnos para la vida. Es la vida misma, el medio principal por el que nos convertimos en agentes conscientes de nuestro propio destino».

Sin embargo, bajo el neoliberalismo, la educación ha sido sistemáticamente despojada de su función crítica y emancipadora. En su lugar, se ha convertido en mera formación profesional, un mecanismo diseñado no para empoderar a las personas, sino para hacerlas dóciles, productivas y políticamente inertes. Hoy en día vemos las consecuencias de esto por todas partes.

El ciudadano medio, a pesar de los años que pasa en la escuela obligatoria, sigue estando profundamente desinformado sobre las estructuras que rigen su vida. Los jóvenes se gradúan sabiendo cómo realizar tareas, pero rara vez se preguntan por qué deben realizarlas o a quién benefician en última instancia. Saben cómo tener éxito individualmente, pero no cómo organizarse colectivamente. Aprenden a obedecer a la autoridad, pero no a desafiarla de manera eficaz. Esta situación no es en absoluto accidental.

Como ya he destacado al hablar del poder, todo el sistema educativo y de formación profesional es un filtro muy elaborado que descarta a las personas demasiado independientes, que piensan por sí mismas y que no saben ser sumisas. Selecciona sistemáticamente la obediencia por encima de la creatividad, la conformidad por encima de la curiosidad y la competencia aislada por encima de la solidaridad colectiva.

Un plan de estudios genuinamente orientado a la liberación invertiría estas prioridades. En lugar de formar a las personas para que simplemente se adapten a las jerarquías existentes, les dotaría de las herramientas necesarias para desafiar, dismantelar y, en última instancia, reconstruir por completo esas jerarquías.

Entonces, ¿cómo sería este plan de estudios democratizado?

En primer lugar, debe dar prioridad al pensamiento crítico sobre la memorización. La educación debe alejarse de las pruebas estandarizadas diseñadas para medir la conformidad y orientarse hacia enseñar a los alumnos a pensar de forma independiente, cuestionar las suposiciones predominantes y analizar rigurosamente las estructuras sociales. Los alumnos deben aprender no solo a absorber información, sino también a cuestionarla y preguntarse constantemente:

¿A quién beneficia esta narrativa?

¿A quiénes beneficia esta versión de la historia, la economía o la política?

En segundo lugar, debe poner en primer plano la alfabetización histórica y el análisis sistémico. En lugar de historias simplificadas y edulcoradas que celebran los mitos nacionales, la educación debe afrontar con honestidad las complejas historias de lucha, disidencia y acción colectiva. Los estudiantes deben comprender claramente cómo la gente común, a través de los movimientos obreros, las luchas por los derechos civiles y el activismo contra la guerra, ha cambiado históricamente la sociedad para mejor.

Reconocer estos patrones es crucial porque, como he señalado repetidamente, las élites los ocultan deliberadamente para mantener una sensación de inevitabilidad e impotencia entre la población.

De la concienciación a la acción: Construyendo alternativas

En tercer lugar, la educación debe cultivar la solidaridad y la acción colectiva en lugar de la competencia aislada. A los estudiantes de hoy se les enseña a verse unos a otros principalmente como rivales y competidores en un juego de suma cero. Esta mentalidad divisiva, profundamente arraigada por la lógica neoliberal, garantiza que el poder colectivo siga siendo difícil de alcanzar.

Por el contrario, una educación democrática genuina enfatizaría la cooperación, la ayuda mutua y la construcción de comunidad. Los estudiantes deben aprender no solo cómo tener éxito individualmente, sino cómo tener éxito juntos, cómo organizarse, cómo construir movimientos, cómo aprovechar la fuerza colectiva para lograr un cambio social significativo.

Consideremos brevemente el ejemplo histórico de la *Highlander Folk School* en Tennessee, que desempeñó un papel fundamental en el movimiento por los derechos civiles. Aquí, se educaba a la gente común no solo para que se integrara en la sociedad, sino explícitamente para que la cambiara. Rosa Parks se formó allí, aprendiendo técnicas de organización que la prepararon no solo para resistir individualmente, sino para participar de manera eficaz en la acción colectiva. La escuela enseñaba explícitamente estrategias de protesta no violenta, movilización comunitaria y resistencia política. Highlander entendía claramente que la educación nunca debe limitarse a informar. Siempre debe empoderar.

En cuarto lugar, debemos recuperar el concepto de participación democrática como elemento central de la educación. Las escuelas no deben ser instituciones jerárquicas en las que el conocimiento fluye exclusivamente de las figuras de autoridad hacia abajo. Más bien, deben convertirse en comunidades de práctica democrática, lugares en los que los estudiantes experimenten una participación real en los procesos de toma de decisiones. Como argumentó Paulo Freire en su famosa obra «Pedagogía del oprimido», la educación

debe dejar de ser un sistema bancario, en el que los estudiantes son meros receptores pasivos de conocimientos, y convertirse en un proceso dialógico en el que estudiantes y profesores construyen conjuntamente conocimientos y significados.

Por último, democratizar el plan de estudios significa romper la separación artificial entre el aula y la comunidad. La educación debe comprometerse directamente con las luchas reales de la comunidad local. Los estudiantes deben enfrentarse a problemas sociales concretos, como la pobreza, la desigualdad y la degradación medioambiental, no solo a través de una teoría abstracta, sino mediante la participación activa y la intervención.

Este enfoque transforma la educación de una actividad pasiva en un proceso dinámico de compromiso colectivo, creando ciudadanos que comprenden íntimamente cómo funciona el poder y, lo que es más importante, cómo se puede desafiar.

Por supuesto, los poderosos se resistirán ferozmente a tal democratización precisamente porque amenaza los cimientos mismos de su dominio.

Como he advertido repetidamente en mis conferencias y escritos, si se asume que no hay esperanza, se garantiza que no habrá esperanza. El mayor logro del neoliberalismo es precisamente esta erosión de la esperanza. El condicionamiento de la conciencia pública para creer que el cambio genuino es imposible.

Una educación democratizada contrarresta explícitamente esta narrativa.

Insiste en que el futuro nunca está predeterminado, que las sociedades siempre están moldeadas por la acción colectiva y que la gente común posee un poder mucho mayor del que cree. De hecho, el camino hacia la democratización de la educación comienza por recuperar esta verdad fundamental.

Requiere que la gente común, los padres, los estudiantes, los educadores y los trabajadores reconozcan que la educación en sí misma es un campo de batalla, no solo un servicio que se consume pasivamente.

Exige un compromiso activo, una resistencia organizada y una presión sostenida contra los intereses arraigados.

Como suelo recalcar, los cambios y el progreso rara vez son regalos que caen del cielo. Son fruto de las luchas que se libran desde abajo. Por lo tanto, esta lucha por democratizar la educación es inseparable de la lucha más amplia por democratizar la sociedad misma. Ambas forman parte de la misma batalla. Recuperar el poder, recuperar la democracia, recuperar el futuro.

El currículo elitista del poder ha tenido éxito durante tanto tiempo precisamente porque ha permanecido invisible, oculto tras los mitos de la meritocracia y la experiencia neutral.

Nuestro primer acto revolucionario es, por lo tanto, exponerlo, analizarlo y exigir que sus privilegios se conviertan en conocimiento común.

En la última parte, concluiré abordando de manera concreta cómo podemos construir alternativas prácticas, ejemplos del mundo real y posibilidades de acción que la gente común puede emprender ahora mismo. Porque, en última instancia, como he dicho innumerables veces, no hay una respuesta mágica, ni una estrategia secreta, solo el esfuerzo incansable de ciudadanos informados y conscientes que trabajan juntos.

Así, la verdadera revolución no comienza en sueños lejanos, sino aquí y ahora, en nuestras aulas, en nuestras comunidades y, sobre todo, en nuestras mentes.

Notas

- Traducción y edición por La Conquista del Panda en julio de 2025, bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0. Si te gusta nuestro trabajo, considera hacer un donativo🙏.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Noam Chomsky
Cómo el Entretenimiento se convirtió en el arma más poderosa del
Neoliberalismo
desconocida.

Recuperado el 20 de julio de 2025 desde YouTube (canal eliminado a fecha de 31 de julio de 2025). Alojado nuevamente en kolektiva.media.
Transcripción, traducción y edición de julio de 2025 por La Conquista del Panda bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0.

es.anarchistlibraries.net